

LA PERSECUCIÓN SEGÚN CIPRIANO DE CARTAGO

MARÍA DEL MAR NOVÁS CASTRO
(Universidad de Santiago de Compostela)

SUMMARY

Cipriano of Cartago was one of the most important figures in the Early Christendom. This African Bishop wrote about the most controversial question of the moment, especially those related with the discipline. The problem of the *Lapsi* led him to study in depth the fundamental theological debates, specially those concerning penitence, the persecutions and martyrdom, adopting a personal stand on the problems of the ecclesiastical hierarchy accepted by all the Western Christianity.

Cipriano, «Papa» de África¹, fue su primer obispo mártir. Nacido a comienzos del s. III d.C., en una familia rica, culta y pagana, decidió convertirse al cristianismo, según Jerónimo², al sentir la degradación moral de la sociedad y religiosidad pagana, y lo hizo de la mano del presbítero Cecilio, del que tomó el nombre.

Sobre el año 249 d.C., fue elegido obispo de Cartago, no sin la oposición, sin embargo, de algunos de los presbíteros de mayor edad. Durante los incidentes de la Persecución de Decio, Cipriano, por mandato divino³, huye para no excitar más todavía a los paganos con su presencia, dada su posición en la ciudad, lo que no impide, sin embargo, que desde su destierro voluntario siga cumpliendo con sus deberes pastorales, y que dirija a su comunidad con sus frecuentes

1 Ch. Saumagne, *Saint Cyprien, Eveque de Carthago, «Pape» d'Afrique. (248-258)*, ed. C.N.R.S., Paris 1973.

2 Jerónimo, *De Viris Illustribus*, 67.

3 Cipriano, *Epístola XX*.

cartas, dando ánimos a los fieles para que se muestren firmes en su fe, como él mismo responde al clero de Roma ante la carta de recriminación de éstos⁴.

El segundo brote perseguidor en la vida de Cipriano, significará esta vez su muerte. El Primer Edicto de Valeriano, (año 257 d.C.), y del que el mismo Cipriano es fuente indispensable, significó su destierro, desde donde sigue escribiendo a su comunidad⁵. El Segundo (258 d.C.), su martirio.

Además de las Actas de ambos juicios, existe una *Vita Cypriani*, que pretende estar escrita por su diácono Poncio, que compartió su destierro en Curubis y su muerte. Es la primera biografía de la Historia de la literatura cristiana, pero sin embargo, carece de valor histórico⁶.

Cipriano fue un fecundo escritor, y tanto sus obras como su extensa correspondencia, son de gran importancia, no sólo para conocer con exactitud las relaciones entre el Imperio y el Cristianismo a mediados del s. III d.C., sino también para muchos otros detalles de la vida y la Iglesia de su época.

Deudor de Tertuliano en muchas de sus ideas⁷, la redacción de sus obras y su correspondencia entera, responden a los acontecimientos que le tocó vivir, y fueron estimuladas por circunstancias bien determinadas, y sobre todo con objetivos eminentemente prácticos sin grandes afanes teológicos.

El objetivo de este trabajo es analizar, a la luz de sus obras, el pensamiento de Cipriano sobre temas de extraordinaria importancia, tanto para su vida como para la de todos los cristianos.

El obispo tenía ideas muy claras sobre los acontecimientos que su época vivía, tanto en las relaciones con el Imperio, como los grandes problemas internos que la Iglesia estaba sufriendo: qué era la persecución y cuál era su significado; cuál debía ser la actitud y la función de la Iglesia y el clero para vencer la persecución; cómo debían vivir y comportarse los cristianos para superar esos momentos de crisis, y así acceder a las recompensas eternas que supone el martirio, no final, sino principio de vida, lo que nos lleva a analizar las diferentes concepciones de la vida y la muerte entre cristianos y paganos.

De todo esto se deriva la trascendental importancia del clero como guía y ejemplo para la salvación de los cristianos, y por ello la necesidad de la unión y el acatamiento de la disciplina eclesiástica de todos los sacerdotes y obispos, tema fundamental para Cipriano.

De su correspondencia deducimos también el gran prestigio que Cipriano tuvo en vida, y no sólo en África, sino también en todo el Occidente, aconsejando a obispos de otras provincias, como la Galia e Hispania, e incluso permitiéndose pedir al Papa de Roma, un determinado comportamiento. Ante estas informaciones nos tendremos que preguntar como concebía su poder como obispo frente al obispo Romano, en una Iglesia en la que la mejor arma es la unidad, como el mismo Cipriano opina.

4 En la *Ep.* VII, el clero romano pide cuentas al obispo por su conducta durante la persecución. La respuesta de Cipriano está en la *Ep.* XX.

5 Cipriano, *Epístola LXXVI*.

6 J. Quasten, *Patrología*, Tomo I: «Hasta el Concilio de Nicea» B.A.C., Madrid 1991, p. 636; P. Monceaux, *Histoire littéraire de l'Afrique Chretienne depuis les origines jusqu'à l'invasion arabe*, t.II: «Saint Cyrien et son temps», Culture et Civilization, Bruxelles 1966.

7 Jerónimo, *De Viris Illustribus*, 53: «tenía por costumbre no dejar pasar ni un solo día sin haber leído algo de Tertuliano, y decía con frecuencia a su secretario: dame el maestro».

Además, su episcopado está presidido por graves problemas mayores aún que la propia persecución: apostasías y herejías, las más importantes, las de Felicísimo y Novaciano. La cuestión de la Disciplina Eclesiástica, el papel de confesores y obispos en la persecución, sobre temas de penitencia ante todo, serán los problemas de mayor importancia que tratará Cipriano.

Ya cerca del final de su vida, Cipriano se verá envuelto en una disputa profunda, con otro gran poder en la Iglesia, el Papa Esteban. Sus diferentes posturas sobre el rebautismo de los herejes conversos, amenazaba con convertirse en peligrosa, no sólo desde el punto de vista doctrinal, sino también como un enfrentamiento de poderes, cuando el Emperador Valeriano promulgó su primer Edicto. Esteban murió, y Cipriano fue desterrado.

* * *

Como ya hemos comentado en la introducción de este trabajo, toda la obra y pensamiento de Cipriano son el resultado de los acontecimientos de la época en la que vivió, y como jerarca de la Iglesia, le interesaban sobre todo cuestiones disciplinarias, surgidas de la aplicación de los Edictos. Sus cartas, sus opúsculos, son derivados de su primer deber como obispo, que es la guía de su comunidad⁸, y no disquisiciones teológicas profundas. Además, toda su vida y sus concepciones, no se derivan sólo de los años en los que fue obispo y de su vivencia de los ataques de las autoridades romanas, sino de la situación previa de los cristianos, que hizo, más que la propia legislación, que los acontecimientos se sucedieran de tal forma.

Debemos tener presente, que durante toda la primera parte del siglo III, la situación fue de calma para los cristianos, y las fuentes nombran a Emperadores como Heliogábalo o Alejandro Severo, sino afines al cristianismo, desde luego no en su contra, e incluso a Filipo, como cristiano, noticias que dan cuenta del ambiente de paz, vivido por las comunidades antes de Decio.

Cipriano concibe la persecución casi como algo aparte del Imperio, como un asunto interno del cristianismo. El Emperador, como veremos, es prácticamente el medio utilizado por Dios para probar a sus fieles, y diferenciar la verdadera Iglesia.

La persecución había sido ya anunciada por los profetas, por visiones y por avisos de Dios, e inaugurada por Cristo:

«por sugerencia del Espíritu Santo y por admonición del Señor en muchas y manifiestas visiones, puesto que se nos anuncia y palpablemente se ve que el enemigo nos amenaza»⁹.

8 Misión que Cipriano justifica no haber dejado de realizar nunca, incluso en la época de su exilio voluntario, cuando estaba en vigor el Edicto de Decio; además, ésta es precisamente la causa y el objetivo de sus cartas, su vida y la elección del lugar de su muerte. La primera de estas afirmaciones, la encontramos en la *Epíst. XX*: «he creído necesario escribir esta carta para daros cuenta de mis actos, de mi observancia disciplinar y de mi solicitud pastoral». Después de las acusaciones del clero romano en *Epíst. VII*, justifica su huida: «estar ausente de vosotros para evitar que nuestra presencia provoque la animosidad y violencia de los gentiles»; por último, y precisamente por el deber de su cargo, cerca ya de su muerte, se esconde para no ser ajusticiado en Utica, como explica en la *Epíst. LXXXI*: «es conveniente que el obispo confiese al Señor en la misma ciudad en donde está puesto al frente de la Iglesia del Señor».

9 Cipriano, *Epístola LVII*. Esta es una idea habitual en Cipriano, muy repetida: *Epíst. XI*: «Estas cosas sufrimos por nuestras culpas y por nuestros merecimientos, como por adelantado nos lo anunció el Señor». *Epíst. LVIII*: «El Señor se digna frecuentemente incitarnos y advertirnos... el día de las tribulaciones se cierne ya sobre nuestras cabezas... de antemano predijo el Señor que todo esto habría de ocurrir»; *Epíst. LX*: «La misericordia de Dios nos previene que se acerca el día».

Es curioso como es también el mismo Cipriano, como cabeza del grupo, el que recibe los avisos de Cristo sobre la persecución, de suerte que se puede pensar que, entre las cualidades de los obispos, estos tienen como regalo el conocimiento, la experiencia visionaria:

«lo que más me ha impulsado a escribiros esta carta fue el haberme sido dicho en una visión tal como el Señor se digna revelar y manifestar las cosas»¹⁰.

Las intenciones de las autoridades¹¹, están, pues, en un segundo plano. Los verdaderos culpables de esta situación son los propios cristianos, que merecen estos castigos, debido a sus conductas en la vida, distintas del ideal que debería regir en un cristiano, tanto dentro del clero como en el laicado:

«se esforzaba cada cual en acrecentar el propio patrimonio y...movidos por el insaciable ardor de la avaricia se dedicaban a aumentar las propias riquezas; no brillaba en los sacerdotes la devota piedad, ni la íntegra fe en sus ministerios...y les faltaba disciplina en las costumbres;...las mujeres con la cara maquillada, deformados los ojos con desprecio de la obra de Dios...se casaban con paganos prostituyendo así a los miembros de Cristo....muchos obispos, en vez de cumplir con su deber...se habían hecho administradores de bienes materiales...¿ qué no hemos merecido el castigo de semejantes pecados, habiéndonos prevenido la censura divina?»¹².

La larga paz había corrompido hasta las almas más nobles, pensaba Cipriano. Pero lo cierto, es que seguían existiendo verdaderos cristianos, y por ello, la persecución es una prueba, traída por Dios, para que demostrasen sus creencias, es decir, casi una forma de arrepentimiento, un «regalo» de Dios:

«si llegamos a conocer la causa del desastre, hallaremos también el remedio para su herida. El Señor quiso probar esta su familia. La prolongada paz nos había hecho olvidar las enseñanzas que habíamos recibido...y aunque merecíamos mayor castigo por nuestros pecados, Dios clementísimo moderó todas las cosas de manera que todo cuanto ha sucedido más se parece a una prueba que a una persecución»¹³.

La persecución es además el medio más eficaz para demostrar quienes forman la verdadera iglesia, un examen querido por Dios para sus fieles:

10 Cipriano, *Eplst.* XI; también *Eplst.* LVIII, ii.

11 Las alusiones a los Emperadores y al paganismo son varias: Cipriano les llama «ministros vengadores del tirano feroz» y sus órdenes consistían en comer «comida de bestia» (*Eplst.* LV), y en cuanto a la victoria cristiana dice «fue aplastada y vencida la serpiente que llevaba cubierta la cabeza con el yelmo» (*Eplst.* XXXIX).

12 Cipriano, *De Catholicae Ecclesiae Unitate*, VI; *Eplst.* XI.i. 2: «toda esta devastación ...nos ha venido al hilo de nuestros pecados». Es fundamentalmente importante la culpa achacada en este sentido por Cipriano a los confesores, casi mártires, que después de su hazaña, se han relajado, así como a los miembros del clero, cuya labor fundamental, como veremos, es la edificación del pueblo, labor imposible, si no es con el ejemplo: XI.i.3: «¿qué azotes no merecemos cuando ni los mismos confesores, que debieran ser para los demás dechado de buenas costumbres, guardan la disciplina?».

13 Cipriano, *De Cath. Eccl. Unit.*, VI.

«ahora vemos porqué razón se desencadenó poco la repetida persecución...quería el Señor mostrar cuál era la verdadera Iglesia»¹⁴.

Como vemos las informaciones de Cipriano ilustran perfectamente los problemas de su mundo, así como el estado en el que, según el obispo, se encontraba la comunidad cristiana. El incremento del número de cristianos en las capas altas de la sociedad había llevado, según podemos deducir, a un enriquecimiento de los fieles, que trajo como consecuencia, en una larga paz, la devaluación del espíritu de sacrificio, el apego a los bienes materiales dejando a un lado el espíritu, en este caso sobre todo del clero, cuya función principal, era, como veremos, precisamente enseñar sobre todo con el ejemplo. Ésta es la verdadera persecución para Cipriano, el trastoque de los valores realmente indispensables, ya que el apego a las riquezas, será la causa de los verdaderos castigos, es decir, uno de los más graves motivos de las apostasías:

«a muchos engañó su amor ciego a la hacienda, y no podían estar preparados para la retirada aquellos a quienes ataban, como trabas, sus riquezas. Éstas fueron las ataduras de los que se quedaron, estas las cadenas...creen poseer los que más bien son poseídos, esclavos que son de sus rentas»¹⁵.

Y mientras no se guarden los mandamientos, las costumbres y normas correctas, mientras no se ruegue a Dios como se debe, y se cumplan los mandamientos y el Evangelio, se le da poder al enemigo, de forma que su castigo cae sobre los más débiles, es decir, los menos preparados y les hace fallar:

«mientras no guardemos los mandamientos tan saludables, al enemigo se le confiere el poder de hacer daño, y que lanzando él su red, envuelve en ella a los menos armados y menos cautos para resistir»¹⁶.

Sin embargo, y aunque la persecución estuviese causada por la baja calidad moral del cristiano de mediados del s. III d.C., que fuese por esto una prueba de Dios a su pueblo, que demostró, precisamente, en la cantidad de apostasías habidas, la realidad de aquella situación, la misma persecución también es concebida por Cipriano, como algo positivo porque es, en primer lugar, la ocasión para que el que ha pecado se arrepienta¹⁷ y vuelva al camino correcto, y en segundo lugar y todavía más importante, la ocasión para llegar al martirio, que es el bien más anhelado para cualquier cristiano, incluso un deber, llegado el momento si no hay otra forma de evitar la traición¹⁸.

14 Cipriano, *Epíst.* LXI,iii; *Epíst.* LXV: «...demostrando ahora a las claras que antes no servían a la religión, sino que sirvieron más al vientre y al lucro con profunda ambición...por eso vemos y creemos que ha venido el RIGOR DE DIOS para que no continuaran más ante el altar tratando de pudor los incestuosos, de fe los pérfidos, de religión los profanos, de cosas divinas los terrenos, de cosas santas, los sacrílegos».

15 Cipriano, *De lapsis*, XII.

16 Cipriano, *Epíst.* XI. iv.

17 Cipriano, *Epíst.* LVIII. viii.2: «Armense también los caídos para que el caído recupere lo que antes perdió».

18 Cipriano, *Epíst.* LVIII.i: «estar todos en pie, preparados para la guerra y no admitamos otro pensamiento que el de la gloria»; viii: «he aquí un combate sublime en su grandeza y glorioso por el premio de la corona celeste». Esta idea de martirio como deber del cristiano es una de las muchas deudas ideológicas de Cipriano a Tertuliano, que lo manifiesta así en *Scorpisce*, 2.4.

El martirio¹⁹ es fundamental en todas las enseñanzas cristianas. La sentencia de muerte en la persecución, así como cualquier tipo de confesión, es el mayor premio para un cristiano, porque significa la verdadera vida, en una concepción de ésta, opuesta a la pagana. El martirio es la victoria.

En este sentido simbólico, Cipriano no es original, sino que recoge una tradición antigua ya instaurada en Pablo²⁰, de comparar el martirio a una prueba atlética, en la que el premio al vencedor es la «corona» y para el cristiano es el martirio²¹.

De esta manera, la corona es la victoria, es decir, el premio de la muerte es la vida; el atleta vencedor, es el mártir; la carrera que tiene que ganar, es la persecución. La comparación es todavía más gráfica: la salida es la detención; la carrera, el juicio, las torturas y el suplicio; la llegada, significa la victoria, que es la muerte:

«buen certamen he peleado, he terminado mi carrera, he conservado la fe. Ya sólo me queda la corona de la justicia que me dará el Señor»²².

De esta manera, la corona del martirio, será el atributo por excelencia del mártir, y su valor simbólico será todavía mayor, al equivaler corona = martirio, símbolo del triunfo sobre la muerte²³.

Cipriano no sólo utiliza el símil de la carrera atlética. Tanto o más importantes son en su discurso los símiles militares, por otro lado, también influencia de Tertuliano²⁴.

19 Sobre la evolución, tanto filológica como teológica del término desde el Antiguo Testamento, ver W.C. Weinrich, *Spirit and Martyrdom*, Washington 1981; T. D. Manson, «Martyr and Martyrdom», *B.J.R.L* 39 (1957) 463-484.

20 Pablo, *I.COR.* IX.24-25: «¿no sabéis que los que corren en el estadio, todos corren pero sólo uno alcanza el premio?...y quién se prepara para la lucha de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible, más nosotros para alcanzar una incorruptible». Este símil tiene gran éxito en el cristianismo, y la misma idea aparece en el Martirio de Ignacio de Antioquía, y sobre todo importante para Cipriano, como clara influencia, en Tertuliano, *Ad Martyras*, donde además hace las comparaciones oportunas entre el certamen atlético, con su preparación dura, que consiste en la abstinencia. El mismo concepto tendrá futuro, y también es utilizado por Eusebio de Cesarea, *Vit Const.* II.48, e incluso Prudencio, *Perist.* 926, y Agustín, por ejemplo en *Epíst.* 33.5.

21 Sobre el simbolismo de la corona ver G. Biamonde, «Dal segno pagano al simbolo cristiano», *S.M.S.R.* 58 (1992) 93-125; Biamonde explica como se recoge y transforma esta idea de victoria helena al cristianismo. La corona de olivo era el premio a los atletas vencedores. Provenía del árbol sagrado de la Acrópolis, y estaba relacionada con el recuerdo de Heracles, al que se le atribuía una directa participación en la coronación del vencedor, de la misma forma que Dios participa, como veremos, en la «coronación» y martirio del cristiano, recibiendo éste, de igual forma que aquél, una aureola de sacralidad y una relación más directa con la divinidad. En el caso de los mártires, esta relación es total, porque su muerte significa el traslado inmediato, pero es más parecido aún en el caso de los confesores, coronados, pero todavía vivos, y que gozan entre su comunidad de unas prerrogativas y un prestigio similar a los atletas. Los mismos autores son conscientes del préstamo, sin embargo, hay diferencias: la victoria, la coronación de un atleta vencedor, los sacrificios que supone su entrenamiento, son sólo para la gloria terrena, sin embargo, los cristianos, luchan por la vida eterna junto a su Dios.

22 Cipriano, *Epíst.* X; éste es un tema recurrente en Cipriano, como vemos en multitud de sus cartas: *Epíst.* VI: «pues habéis entrado en el camino del divino favor, sigáis por él con fortaleza de ánimo para recibir la corona»; *Epíst.* XII: «sé fiel hasta la muerte y te dará la corona de la vida»; *Epíst.* LV: «ser coronado por El inmediatamente»; *Epíst.* LXXX: «preparados como están todos para recibir la corona divina».

23 Esta equivalencia la vemos en muchas de las referencias de Cipriano al martirio: *Epíst.* XXVIII; XXXIX; LV; LVIII; LXXXVI; etc.

24 Tertuliano, *Ad Martyras*, III: «¿no hemos sido llamados al ejército de Dios y en el bautismo no hemos jurado fidelidad? ...El soldado no va a la guerra para deleitarse...y aún durante la paz debe aprender a sufrir la guerra marchando con todas sus armas...».

Los cristianos son los soldados²⁵ de Cristo, que están al mando de su general²⁶. El ejército de Cristo, sus fieles, viven en campamentos, que son las comunidades cristianas²⁷. Allí el cristiano, combatiente²⁸, se prepara para la futura guerra²⁹, ejercita sus habilidades para el combate, se arma. Las armas eficaces para enfrentarse a la persecución, son el adoctrinamiento, seguir el Evangelio, rezar, llevar una vida honrosa, en fin, poseer la gracia y el consuelo de la Iglesia y de los sacramentos, sobre todo, la eucaristía³⁰, y otra cosa muy importante, haber tenido presente la unidad de la Iglesia, es decir, mantener en todo momento la disciplina:

«Armémonos, hermanos amadísimos con todas nuestras fuerzas y preparémonos para el combate con mente incorruptible, con fidelidad entera, con valor denodado. Avancen los campamentos de Dios al campo de batalla»³¹.

Contra la persecución³², las verdades del cristianismo, cimentadas con la fe³³, la unidad y la disciplina son eficaces. Llevan al martirio. Siguiendo con el lenguaje militar, al ganar la guerra, se entregan condecoraciones al valor³⁴.

Todo esto quiere decir que para el cristiano, la muerte, en su confesión de Cristo, es el bien máspreciado. Seguir su fe, es superar la persecución. Realmente el martirio ha de significar mucho en las enseñanzas cristianas, para que un hombre supere, tanto el miedo normal a la muerte³⁵ como al sufrimiento físico³⁶.

25 El buen soldado es el que abandona todo por Dios: *Epíst. LVII*: «que abandonó todas sus cosas y despreciada su casa, sus padres o sus hijos, prefirió seguir al Señor».

26 *Epíst. XV*: «pues siendo preciso que todos los soldados de Cristo acaten las órdenes de su general».

27 Cipriano, *Epíst. LVII*: «recoger sin excepción en los campamentos a todos los soldados de Cristo, que echan de menos las armas y reclaman la batalla»; *Epíst. LX*: «el enemigo había asaltado los campamentos de Cristo».

28 Cipriano, *Epíst. XXXIX*: «al vencer con su inexpugnable firmeza de combatiente al adversario»; *LV*: «había que excitar los ánimos de los combatientes».

29 Cipriano, *Epíst. LVII*; *op. cit.*; *Epíst. LV*: mientras la batalla era aún un cuerpo a cuerpo y duraba el ardor del combate glorioso de la persecución»; *Epíst. XXXIX*: «Este fue el primero en la batalla de nuestro tiempo».

30 Cipriano, *Epíst. XXXIX*: «a aquellos que excitamos y exhortemos a la batalla...los robustecemos con la protección de la Sangre y el Cuerpo de Cristo, y puesto que la Eucaristía se consagra para que pueda ser tutela de los que la reciben, armemos con las armas defensivas del alimento saciante del Señor a aquellos que queremos que estén defendidos contra el enemigo».

31 Cipriano, *Epíst. LVIII.vii.2*.

32 Estos son los calificativos que Cipriano da a la persecución, *Epíst. LVIII.ix*: «a fin de que cuando la SERPIENTE sea por nosotros aplastada»; *ix.2*: «funesto sacrificio... dardo envenenado».

33 Cipriano, *Epíst. LVIII.ix.1*: «escudo de la fe»; 2: «cubrir nuestra cabeza con el CASCO ESPIRITUAL, y con ese protejan nuestras orejas, para no escuchar los fúnebres edictos, se protejan nuestros ojos para no mirar los abominables simulacros, se proteja nuestra frente, para que el signo de Dios se conserve incólume....armemos aotrosí nuestra diestra con la ESPADA espiritual...».

34 Cipriano, *Epíst. XXXIX*: «con quién estuvo asociado en todas las condecoraciones del valor y la gloria».

35 Sobre el miedo, tanto a la muerte como a lo sobrenatural, ver Pierre Mannoni, *El miedo*, Fondo de Cultura Económica, México 1984.

36 En esto vemos como Cipriano dice en la *Epíst. LXXVI*: «a diario esperáis alegres el día de vuestra marcha, y cuando estáis a punto de alejaros del mundo, os dáis prisa en llegar a los premios de los mártires y a las divinas mansiones, en ver después de las tinieblas del mundo la cándida luz y en recibir una claridad mayor que todos vuestros sufrimientos y todas las luchas. según lo atestigua el Apóstol cuando dice: no son proporcionables los sufrimientos de esta vida con la claridad que ha de sobrevenir y que se revelará en nosotros».

En realidad lo que se teme no es tanto la muerte en sí, como el impenetrable misterio que hay tras de ella. Y es en este sentido donde el cristiano supera ese temor. La persecución en sus creencias es la puerta hacia la segura inmortalidad³⁷, ya que ésta es la fuerza de su fe, que se resume en que Dios puede librarles de la muerte:

«Y ahí está efectivamente la fuerza del valor y la fidelidad, y creer y saber que Dios puede librarlos de la muerte presente, y sin embargo no temer la muerte, no retroceder ante ella»³⁸.

Aparte de la serie de armas, que el cristiano debe tener, de las que hablaremos luego, tiene la certeza de que pueden conseguir la inmortalidad mediante la muerte física, y saben que la fuerza que necesitan la tendrán al recordar los sufrimientos de Jesús³⁹.

El cristiano ha sido aleccionado. La insistente predicación de la superioridad de sus enseñanzas sobre cualquier otra religión o filosofía, le convencía de que era el único depositario de la verdad. Tiene la seguridad, de que el sufrimiento que tiene que soportar en la Tierra, le traerá unas recompensas, de la misma forma que la apostasía, significará castigos tan tremendos que justificaban el soportar la tortura y la muerte.

No hay duda que toda la teología del martirio tenía como función, y en muchos casos los consiguió, sustentar y animar a los cristianos, en los momentos más delicados de este proceso, es decir, en la cárcel. Ellos creían verdaderamente en las promesas del Evangelio, que eran verdades incuestionables.

Una de las armas de las que hablábamos era este deseo de martirio, ofrecer ese sacrificio a Dios, bajo el mecanismo de elegir entre las recompensas eternas⁴⁰, y los castigos, también eternos.

Entre las recompensas, el martirio, como hemos dicho significaba la inmortalidad⁴¹ y el perdón de todos los pecados, porque daba acceso inmediato a Dios⁴²; el triunfo sobre los

37 Cipriano, *Epíst.* XII: «Aquél que se ofreció a los tormentos y a la muerte en presencia de Dios, padeció ya cuanto estaba dispuesto a padecer...al que me confesare ante los hombres yo lo confesaré ante mi Padre... el Señor dice: sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida».

38 Cipriano, *Epíst.* LVIII.v.

39 Cipriano, *Epíst.* LVIII.vi.2: «si en este mundo hemos de soportar injurias, fuga, tormentos, recordemos que más graves tormentos hubo de soportar el Hacedor y Señor del mundo».

40 Cipriano, *Epíst.* LXXVI: «Toda esa sordidez detestable y horrible para los gentiles, ¡que espléndidamente será recompensada! Esta pena del mundo tan breve, ¡con que premio de eterno honor será transformada!... ofrecéis a Dios un sacrificio de gran precio y al mismo tiempo glorioso y que muchísimo os ha de aprovechar para la retribución de los premios celestiales».

41 Cipriano, *Epíst.* VI: «que ninguno piensa en la muerte, sino en la inmortalidad. Hay que soportar el sufrimiento presente por el gozo de lo que llegará, ni en la pena temporal sino en la pena eterna...y si padecieron tormentos en presencia de los hombres sus esperanzas están llenas de inmortalidad, y vejados en unos pocas cosas, serán bienaventurados en muchas, porque Dios los probó y los encontró dignos de sí»; *Epíst.* XXXI: «conseguir por la muerte misma la inmortalidad...tener en fin, por vida, la pérdida de la propia vida»; *Epíst.* LXXVI: «También pusieron grillos en vuestros pies y ligaron con vínculos infames vuestros felices miembros, como si con el cuerpo se ligara también el espíritu... esas cosas son ornamentos, no ligaduras, y no ligan los pies de los cristianos para su infamia, sino que los glorifican para su corona.

42 Cipriano, *Epíst.* LV: «una cosa en fin, estar pendientes el día del juicio de la sentencia del señor, y otra ser coronado por Él inmediatamente». *Epíst.* XXXI: «dejando este mundo, volar al cielo; que lejos de los hombres estar entre los ángeles; que rotos todos los impedimentos del siglo, presentarse ya libre en la presencia de Dios».

poderes del demonio, al confesar el nombre de Dios ante los verdugos⁴³, y además ser compañero de Cristo en la Pasión⁴⁴.

Aparte de todo esto, y en un plano más mundano, la admiración y recuerdo⁴⁵, en este sentido, también la inmortalidad, de toda la comunidad viva de cristianos, para los que son siempre un ejemplo⁴⁶ a seguir, así como al ser el puente entre cielo y tierra, el poder de intercesión ante el Dios con el que viven. De igual forma, el confesor, al que le falta morir para ser mártir, también es el puente entre éste, que está en presencia de Dios, y el pueblo, por lo que son frecuentes los ruegos para que él, con un acceso más directo al mártir, interceda por los que aún están en la Tierra. Como más tarde veremos, será esta una de las cuestiones disciplinares que Cipriano discutirá.

La muerte trae la gloria inmediata, pero tampoco es menos recompensada la confesión⁴⁷, y otros castigos, como la deportación o los castigos a minas: lo importante es no negar⁴⁸, ya que el sufrimiento es, de la misma forma, mucho, a veces mayor que con una muerte rápida: las largas estancias en la cárcel, con sus torturas, o las mismas condiciones de éstas, así como los pesados trabajos de las minas⁴⁹.

Si además de todas estas promesas de vida eterna, gozando de las prebendas de Dios, adjuntamos, que es Él mismo, quién les va a ayudar, estar presente, sufrir con ellos, durante esos duros trances, parece todavía más fácil en la mente de los cristianos superar esos «instantes» como les llama Cipriano muchas veces: en el Evangelio, Cristo aseguró a sus adeptos el auxilio divino en el sufrimiento. Eso tiene que suponer apartar cualquier miedo a la persecución⁵⁰.

Hemos visto el lado positivo, las recompensas, pero es que además, existe un lado negativo. Los cristianos también tienen la certeza, están seguros de que la apostasía, la negación, supon-

43 Cipriano, *Epíst.* XXXI: «no haber obedecido a sacrílegas y humanas leyes; que haber atestiguado la verdad con pública voz, que haber sometido muriendo a la misma muerte que los hombres temen».

44 Cipriano, *Epíst.* XXXI: «que venir a ser compañero de la Pasión de Cristo en el nombre de Cristo, que haber sido hecho, por dignación divina juez de su mismo juez».

45 Cipriano, *Epíst.* XII: «anotad pues, los días en que aquellos dejan esta vida para que así podamos celebrar sus aniversarios en las conmemoraciones de los mártires».

46 Cipriano, *Epíst.* XXXVII: «vosotros, los de que tal suerte guardasteis los mandamientos del Señor...robustecisteis la fe vacilante de muchos con la verdad de vuestro martirio...y habéis incitado a los restantes al temor de Dios, y de vuestros martirios habéis hecho ejemplo para los demás».

47 Cipriano, *Epíst.* X: «si antes del día de vuestro combate definitivo sobreviene la paz, os quedaría, sin embargo, el mérito de vuestra voluntad inmovible y de una conciencia gloriosa».

48 Cipriano, *Epíst.* X: «Para merecer de Él la corona basta con sólo dar testimonio de Aquél mismo que ha de juzgar».

49 Cipriano, *Epíst.* XXXVII: «Una vez vence el que padece el martirio de inmediato. Más el que permaneciendo de continuo en las penas lucha con dolor y no es vencido, cada día es coronado...vencéis el hambre y despreciáis la sed y pisoteáis con vigor de roble la inmundicia de la cárcel y el horror de la mansión de las penas...aunque todavía en carne, vivís no ya la vida del presente siglo, sino la fe del futuro». *Epíst.* LXXVI: «¡Oh pies que ahora vacilan a causa de los cepos y las trabas pero que han de correr de prisa hasta Cristo para un camino de gloria! Que os retenga apresados aquí cuanto quiera la crueldad con sus ligaduras, pronto de la tierra y de las penas llegaréis a los reinos celestes. En las minas no reposa el cuerpo sobre lecho con colchón, pero siente el bienestar del refrigerio y del consuelo de Cristo».

50 Cipriano, *Epíst.* X: «con la confesión de su nombre llegaréis a la gloria de Aquél que no se limita a contemplar a sus siervos, sino que Él personalmente lucha en nosotros. Él en persona pelea. Él personalmente corona». *Epíst.* LVII: «no sois vosotros los que hayáis de hablar, sino el espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros...de su socorro y piedad podemos estar seguros los que en Él confiamos, porque Él les concederá a la hora de la pelea la victoria»; *Epíst.* LXXVI: «Aquél que mirádonos...ayuda a los que pelean, corona a los que vencen, remunerando con la recompensa de su verdad...pues que nuestra victoria es cosa de Él».

drá castigos, también eternos, y es más, que todas esas recompensas están subordinadas a los castigos de los apóstatas⁵¹.

De esta manera, la persecución tiene el mismo significado, para los paganos que para los cristianos, aunque contrario: la misma realidad tiene dos lecturas. El mismo castigo o premio, pero si para las autoridades, la negación supone el premio, y la confesión el castigo, para Cipriano y los cristianos, es exactamente al revés. Igual, la muerte tiene dos significados, para ambas partes, pero también contrarios: para el cristiano, la muerte, es decir, la confesión, es la vida, para el pagano, es castigo; si para éste, la negación es la vida, para aquél, es la muerte, el justo castigo.

La negación, pues, es castigada en la Iglesia. Pero aparte de los castigos eternos, supone también condenas inmediatas, como la exclusión del grupo, la prohibición de asistir a reuniones de culto, la retirada de la Eucaristía. El sentido de esta exclusión es su «impureza». Los cristianos que han sacrificado, profanarían el cuerpo de Cristo, ya que están «contaminados», por el sacrificio pagano⁵². Son impuros. Y por esto, si pretenden tomar el cuerpo de Cristo, participar en sus ritos, su cuerpo no lo tolera, y sufren físicamente, porque sólo el puro puede participar en el sacrificio cristiano⁵³, como vemos en muchos ejemplos dados por Cipriano: Dios se aparta de quién lo niega y los que sin su perdón, vuelven, ellos mismos se castigan⁵⁴.

Este sentido de impureza es similar al pagano, aunque las causas fuesen distintas. Es decir, la gravedad del sacrilegio cristiano, el concepto de contaminación de la persona que lo ha realizado, es igual a la gravedad del sacrilegio, de la contaminación pagana. Tomemos el caso de las Vestales⁵⁵. Su sacrilegio, su impureza, consiste, al igual que en el cristiano, en la pérdida

51 Cipriano, *De lapsi*, XX: «si no niega al que niega, tampoco confiesa al que confiesa...o tienen valor ambas partes o ambas han de perder la fuerza de verdad. Si los que niegan no son reos de crimen alguno, tampoco los que confiesan reciben premio alguno a su valor». XXVI: «más ha de temer aquél a quién Dios ha reservado para su terrible juicio».

52 Cipriano, *Epíst.* XV: «se atreven a ofrecer por ellos y a darles la Eucaristía, esto es, profanar el Santo Cuerpo del Señor». *Epíst.* XXXI: «han de purificarse con palabras de sincera penitencia las bocas miserables mancilladas sacrilega de comida». *De lapsis*, X: «quien participa del crimen se contamina a sí mismo y merece los castigos». XV: «con las manos inmundas y contaminadas por los sacrificios idolátricos».

53 Cipriano, *De lapsis*, XV: «a pesar de que la Escritura divina grite: sólo el puro comerá de esta carne y cualquier alma que comiere de la carne del sacrificio de salvación que es el del Señor, su impureza recaerá sobre ella,...lo mismo confirma el Apóstol: no podéis, dice, beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios».

54 Cipriano, *De Lapsis*, XXIV: «Uno de éstos, después de negar a Cristo, quedó mudo. Por allí mismo empezó el castigo, por donde había comenzado el crimen, de modo que ya no pudiese suplicar perdón... una renegada mientras estaba en las termas, fue sorprendida allí mismo por el espíritu inmundo y se destruyó con sus propios dientes aquella lengua que hacía poco sacrilegamente se había manchado... precisamente ella resultó verdugo de sí misma, no pudo sobrevivir mucho tiempo y murió atormentada por dolores del vientre y de las entrañas». XXV: «una nodriza llevó a la pequeña ante los magistrados...sucedió que estando yo ofreciendo el sacrificio, la madre tenía consigo a la pequeña... la niña, en medio de los santos ya se debatía en llanto...y cuando le llegó su turno comenzó a apartar la cara como instintivamente aterrada...insistió, sin embargo el diácono...entonces comenzó a eructar y vomitar: no podía permanecer la Eucaristía en un cuerpo y boca violados». XXVI: «una adulta, bajo la violencia ya no de la persecución sino de su propio delito cayó muerta palpitante y temblorosa ...otra, intentando abrir con sus inmundas manos la cajita donde había estado el Santo, fue rechazada por el fuego que de ella salía...».

55 Sobre los casos de Vestales culpables, sus juicios, y la pena para su crimen ver Augusto Fraschetti, «La sepultura delle Vestali e la Città», en *Du Chatiment dans la Cité. Suplices corporels et peine de mort dans le Monde Antique*, coll. Ecole Française de Roma 1984, pp. 97-126. Por otro lado, la comparación entre Vestales y vírgenes cristianas es un tema recurrente en la polémica cristiano pagana. Además, la comparación del concepto de impureza y de rechazo total que las Vestales sufren por la pérdida de su virginidad, podría ser una de las razones para explicar las

de un requisito objetivo, que es su virginidad, de igual forma, que el cristiano, al sacrificar, realiza un acto prohibido, perdiendo las características de su estado anterior. La vestal impura, corrompe los *sacra* que realiza, y anula su efectividad. De igual forma que la demostración objetiva de esa contaminación, son una serie de prodigios mientras realiza el rito, el cristiano impuro también siente, aunque él en su mismo cuerpo, los efectos de su crimen, como vimos.

Ésta es la diferencia, y está en la manifestación del castigo divino: en el caso de las Vestales, su falta se extiende a toda la comunidad, que la castiga, mientras que en el caso cristiano, la sufre él mismo inmediatamente, y quizá sea todavía más efectivo el terror que esto pueda suponer. En el caso de las Vestales, el castigo divino, significa poner en peligro toda la comunidad, mientras en el caso cristiano, el peligro es personal, en principio, pero de igual forma, la multiplicación de los que niegan ponen en peligro la existencia del mismo cristianismo. Con el castigo, se restablece el orden truncado por la transgresión.

De todo este mecanismo de recompensas y castigos, de significado de la persecución de las autoridades romanas, podemos pues, extraer una serie de conclusiones del pensamiento de Cipriano: la persecución, al llevar al martirio, significa en realidad el acceso a la vida. Los cristianos quieren la muerte que les proporciona la persecución, por eso son invencibles⁵⁶. Si todos tenemos que morir, el martirio lo único que hace es adelantar ese momento de forma gloriosa⁵⁷. Sin embargo, y ahí toma lugar la persecución pagana como prueba, no es tan fácil conseguir el martirio, porque el cristiano no debe buscarlo, no debe entregarse voluntariamente, ya que el ofrecimiento de la vida material, es un sacrificio⁵⁸, para conseguir esa vida real. Esto quiere decir, que la persecución, entendida como la muerte por defender las verdades de los cristianos, es fuente de vida⁵⁹.

* * *

Todas estas disquisiciones teológicas que encontramos en Cipriano, no son gratuitas. Antes habíamos comentado como sus mayores preocupaciones no eran de este tipo, sino claramente

noticias que aparecen en algunas Actas de Mártires y autores, desde Cipriano, *Epíst.* LXII, hasta Eusebio, Ambrosio o Agustín, sobre mujeres cristianas, fundamentalmente vírgenes, castigadas a lupanares, o simplemente a ser violadas, como si tal castigo, que no supone la muerte, fuese lo suficientemente grave para perder su rango, su lugar y hasta la posibilidad de salvación de éstas. Sobre el tema ver, P. Allard, *Dix Lessons sur le Martyre*, Paris 1906, pp. 220-223; H. Leclercq, «MARTYR», en *D.A.C.L.*, t. XII, col. 2.359-2.512; G. Crecenti, *La Condanna allo Stupro delle virgini Cristiane durante la persecuzioni dell'Impero Romano*, ed. Flaccovio, Palermo 1966.

56 Cipriano, *Epíst.* LX: «que no podían ser vencidos, pero que sí podían morir, y que por esto mismo eran invictos, porque no temen el morir».

57 Cipriano, *Epíst.* LVIII.iii.1: «se abran de par en par a los mártires las puertas del cielo...». 2: «pues es forzoso que el mortal muera, abracemos la ocasión que nos viene de la divina promesa y cumplamos el deber de la muerte con premio de inmortalidad. Lejos de nosotros el miedo a morir violentamente, cuando nos consta que al matarnos, somos corona».

58 Cipriano, *Epíst.* LXXVI: «ese sacrificio es el que ofrecéis vosotros a Dios...convertidos en hostias para Dios y presentándoos vosotros mismos como víctimas».

59 Cipriano, *Epíst.* X: «Así, pues, hermanos carísimos, las dos cosas son igualmente sublimes e ilustres. Lo más seguro es ir pronto al Señor por la consumación de la victoria; más risueño es florecer en la alabanza de la Iglesia alcanzando una prórroga de vida tras de haber conseguido la gloria». El sentido de la muerte como fuente de la vida, es el tema de otro tratado de Cipriano, *De Mortalitate*, XX: «no deberíamos llorar a nuestros hermanos que han sido libertados del mundo, porque sabemos que no se han perdido, sino que nos han precedido»; XXVI: «¡cual será allí el gozo del reino celestial, sin temor a morir y con la seguridad de vivir eternamente!».

prácticas. El discurso de Cipriano, está motivado por las circunstancias que tuvieron lugar entre la persecución de Decio y su muerte en el 258 d.C. En esta etapa, había otros peligros para el cristianismo más importantes que el Estado romano, las verdaderas persecuciones, que hacen que el obispo manifieste sus pareceres sobre temas espirituales y materiales importantes.

El definir qué es la persecución, qué significa en realidad el martirio, viene motivado por problemas internos graves de la comunidad, sobre todo las herejías, y también la asunción por parte de miembros de la Iglesia de poderes que no les pertenecen por su lugar en ella. Ésta es la causa fundamental para que Cipriano defina con precisión cuál es la misión del clero para con su pueblo y los deberes de los laicos.

Es este tema de las obligaciones de los sacerdotes el que da pie a una serie de ideas importantísimas en la obra de Cipriano, porque da entrada a la formulación de cuál es su función para y durante la persecución y cómo se plantea el tema de la unidad y la disciplina eclesiástica, construido sobre un problema concreto: el de los caídos en persecución, es decir, los apóstatas y su vuelta al seno de la Iglesia. Esto va a significar la formulación de una concreta disciplina penitencial, excluyendo, como herejes, a los que no la acaten, desde el momento en que sólo los que la cumplan forman la verdadera Iglesia en el pensamiento de Cipriano.

Dice claramente Cipriano que la Persecución no es el mayor peligro con el que la Iglesia se enfrenta⁶⁰, los verdaderos castigos, sino la Herejía, es decir, la escisión hacia posturas incorrectas dentro de la misma Iglesia, que provocan desunión, significan persecución interna. Y en este sentido es cuando conviene definir bien quiénes son los mártires, porque los que mueren proclamando una fe errónea, no son mártires, ya que ésta es una falta que no borra el martirio⁶¹. Lo son sólo los que mueren dentro de la verdadera Iglesia⁶². Cipriano, al hablar de las herejías define bien el concepto de unidad que debe tener la comunidad y su sentido disciplinario, porque es una de las armas más efectivas en la Persecución y la única manera de ser mártir.

Por todo esto, una de las principales misiones del Clero es la catequesis, el formar a los cristianos para aceptar las recompensas del martirio, la autoridad y la disciplina de la iglesia, y así preservar la unidad, como veremos⁶³. Es lógico pensarlo así. Los cristianos tienen que estar bien adoctrinados, conocer perfectamente cuáles son los valores de su religión, para llegar al

60 Cipriano, *De Catholicae Ecclesiae Unitate*, I.

61 En esta formulación encontramos una de las diferencias claras entre el pensamiento de Cipriano y el de Tertuliano. Para éste, los que mueren tienen un poder especial de intercesión, y además una entrada inmediata en la vida eterna, ya que los mártires se salvaban solos, sin la necesidad de la mediación del clero o de penitencia. No hay que olvidar que Tertuliano se pasa abiertamente al montanismo sobre principios del año 200. Ejemplo de esto, y sin entrar en la polémica de la autoría de las Actas, tenemos el caso de Perpetua, quién, habiendo ya confesado tiene el poder, mediante sus sueños, de interceder y salvar a su hermano Dinócrates («Passio Perpetua», VIII-IX.) Sobre el tema ver, W.H. Friend, *Archeology and History in the study of Early Christianity*, Cap. XI: «The North African cult of Martyrs», ed Variorum, London 1988; W. Rordorf, «Dossier sur l'Ad Martyras de Tertullien», *Rev. des Et. August.* 26 (1980) 3-15; sobre Perpetua y su martirio, B.D. Shaw, «The Passion of Perpetua», *P&P* (1993) 3-43; sobre el tema de los sueños y su función, C. Mertens, «Les premiers martyrs et leurs revê», *R.H.E.* 81 (1986) 5-46.

62 Cipriano, *De Cath. Eccl. Unit.*, XIV: «estos tales no borrarían esta mancha ni con su sangre porque la culpa inexpiable y grave de la discordia no se lava con el martirio. No se puede ser mártir fuera de la Iglesia».

63 Cipriano, *Epíst.* LX: «Habéis enseñado de modo admirable a temer a Dios, a adherirse firmemente a Cristo, a unirse en el peligro el pueblo con los sacerdotes, a no separarse los hermanos de los hermanos en la persecución; habéis enseñado que la concordia y la buena unión no puede ser vencida».

martirio, soportarlo, y no sufrirlo en vano, es decir, mantenerse dentro de la Iglesia verdadera. Por ello, para que este medio sea eficaz, el período de catecumenado es largo⁶⁴.

Dentro de las enseñanzas a los fieles, los principales contenidos son el Evangelio y las Escrituras, a los que Cipriano continuamente acude como apoyo de sus afirmaciones, es decir, el cumplir con los preceptos de Dios⁶⁵. Los buenos sacerdotes tienen como una de sus principales misiones animar a los que combaten, e incluso a los que han caído, para que no se aparten de la Iglesia⁶⁶. Es decir, formar a los nuevos fieles, mantener con las Escrituras la fe de los ya convertidos, y mostrar la noción del martirio, con la exposición de los mecanismos de recompensa-castigo, para «armar» a los fieles para el combate final. De esta manera la ayuda espiritual es indispensable en las cárceles⁶⁷.

También es responsabilidad del clero hacerse cargo de los restos, no sólo de mártires, sino también de confesores, muertos en las cárceles, cuya muerte es asimismo gloriosa⁶⁸, para que no queden insepultos⁶⁹. Esto responde, entre otras razones a que, según leemos,

64 En cuanto a la enseñanza como medio de control, ver D.W. Riddle, *The Martyrs. A study in social control*, University of Chicago Press 1931, que explica perfectamente como actúa sobre el cristiano la influencia de su comunidad a la hora de aceptar tal destino. En cuanto al catecumenado y su evolución ver, V. Saxer, *Les rites de l'initiation Chretienne du II^e au IV^e siecle*, ed. L'Erma di Bretchneider, Spoleto 1989.

65 Cipriano, *Epíst.* LXXVI: «siempre os distinguisteis en su Iglesia por la observancia de vuestra fe, cumpliendo firmemente los preceptos del Señor». XV: «regían con sus consejos, en conformidad con los preceptos de las Escrituras, las aspiraciones de los mártires».

66 Cipriano, *Epíst.* VIII: «exhortaréis a nuestros hermanos a permanecer firmes en la fe»; LV: «excitar los ánimos de los combatientes con toda clase de exhortaciones»; LVII: «dar armas al que tiene intención de pelear».

67 Cipriano, *Epíst.*, V: «ruego también que no falte vuestra industria y solicitud en procurar la paz...guardad con prudencia para que con moderación pueda hacerse esto de modo más seguro, de suerte que los presbíteros que allí ofrecen ante los confesores lo hagan cada vez uno solo». XII: «que se ponga toda diligencia en atender a los que gloriosamente confesaron al Señor y están reclusos en la cárcel...insisto de cuando en cuando sobre ello para que nada se eche de menos en el cuidado de aquellos que nada falta para la gloria». XV: «los diáconos visitando las cárceles regían con sus consejos, en conformidad con los preceptos de las escrituras, las aspiraciones de los mártires».

68 Cipriano, *Epíst.* XII: «cuando a nuestra voluntad y a nuestra confesión se junta el término de la muerte en la cárcel y entre cadenas, consumada queda la gloria del martirio ... nuestros bienaventurados hermanos, pasan de la cárcel a la inmortalidad por el desenlace de una gloriosa muerte».

69 Cipriano, *Epíst.* VIII: «si los cuerpos de los mártires o de los demás quedasen insepultos gran responsabilidad recae sobre aquellos a quienes esta obra incumbe». XII: «Que se tenga también vigilancia y cuidado muy diligente con los cuerpos de todos aquellos, que aunque no han padecido torturas acaban sin embargo sus días en la cárcel... no se olvida ahí de lo que se refiere a los cuerpos y me lo sigue comunicando por escrito». Explica E. Le Blant, en un artículo ya antiguo, pero todavía válido, «Les Martyr Chretiens et les Supplices destructeurs du corps», *Rev. Archeologique* XVIII (1874) 178-193; como este deseo de recuperar y enterrar los cuerpos de los mártires, respondía al peso de tradiciones antiguas, paganas y judías, en las que existía un auténtico terror a la falta de sepultura, como pena más grave aún que la muerte, como vemos en Platón, *Leyes*, IX, ya que los cadáveres de los malditos eran abandonados, y también en Cicerón (*S. Rosc.* XXVI.71-72), en donde justifica la aplicación de la pena del *culleus*, al más grande crimen, el de los parricidas, precisamente, porque sus cuerpos abandonados al mar, tienen el significado de la exclusión definitiva del mundo de los vivos y sobre todo, la falta de reposo al no tener sepultura. A los ojos de la masa de fieles, que heredó estas tradiciones, el aniquilamiento del cuerpo, por mucho que se les quisiera inculcar lo contrario, era un obstáculo a la resurrección: si el cuerpo no tenía tumba, el alma no podía recibir la corona. Es debido a esto, que en gran cantidad de Actas de Mártires, sus cuerpos se preservan milagrosamente de suplicios que los destruirían: bestias que no atacan, hoguera que no quema, mar que devuelve el cadáver, para terminar ajusticiados mediante la espada, la estrangulación, que dejaban subsistir el cadáver, y no impedían así, la esperanza de resurrección. Tales creencias perviven en la época de redacción de Actas tardías, así como en otro tipo de obras, como analiza F.J. Fernández Nieto, «Un *agraphos nomos* en el Epistolario de Sinesio de Cirene», *Antig. Crist.* VIII (1991) 17-22, donde el obispo expone claramente los temores de un grupo de viajeros ante un posible naufragio y la posibilidad de permanecer insepultos, lo que los hacen parecer un

es necesario apuntar los días de las muertes porque se conmemoraban ya sus aniversarios⁷⁰.

Es decir, una parte del ministerio sacerdotal muy importante, es la espiritual, y no sólo para los que van a morir, sino para todos los fieles. Esta misión se completa con el cuidado material de los más necesitados⁷¹. El mismo Cipriano, cuando huye voluntariamente, deja una cantidad de dinero de su bolsillo a Rogaciano, para estas necesidades, y con una de sus Epístolas manda más por si fuese necesario⁷². Este dinero ha de servir para todos los gastos de la comunidad, y quizá también, es para cubrir éstos, que Cipriano se empeña tanto en que el cristiano no debe valorar los bienes terrenos, no debe estar apegado al dinero; él mismo, repartió todos sus bienes entre los pobres. Insiste, tanto en la fuente de pecado que constituye la riqueza, como en la obligación cristiana de practicar la caridad, ya que las buenas obras, entendidas en este contexto como limosnas, son eficaces para la salvación⁷³.

Como grupos más desasistidos, a los que Cipriano ordena un cuidado más especial, están las viudas⁷⁴, los enfermos, los pobres, incluso los forasteros: quizá se trate de huidos de la persecución de otros lugares, que lo han dejado todo atrás, y buscan refugio en esta comunidad. Es

grupo cualquiera de paganos. Realmente la Iglesia primitiva tuvo muchas dificultades en superar estas creencias realmente arraigadas, de los problemas de la resurrección si el cuerpo desaparecía.

70 Cipriano, *Epíst.* XII: «Anotad los días en que aquellos dejaron esta vida, para que así podamos celebrar sus aniversarios en las conmemoraciones de los mártires». XXXIX: «por ellos ofrecemos sacrificios, como recordáis, cuantas veces celebramos las pasiones y conmemoramos el aniversario de los mártires». El culto a los mártires, en este caso en África, está ya documentado en Tertuliano y la Pasión de Perpetua (I.5-6), aunque sus influencias y orígenes sean inciertos. En esta época las Actas se leían en las reuniones de la comunidad, que celebraban los *natalicia* de los mártires. Según Friend, *op. cit.*, (1988), está claro que las celebraciones desde la época de Tertuliano, habían progresado desde meras lecturas de Actas, y quizás cánticos, (*Scorpiace*, 7.2), hasta Eucaristías celebradas por el clero en su recuerdo y para propiciar su favor. Es decir, el culto se había ritualizado. Cipriano muestra como los aniversarios de la celebración de los mártires, se habían integrado en el culto y en la vida general de la iglesia. Es normal la evolución, si tenemos en cuenta, que la iglesia también se ha jerarquizado fuertemente, y que el clero desea controlar, tanto material como espiritualmente, todo lo que atañe a la comunidad.

71 Cipriano, *Epíst.* V: «os suplico que, en conformidad con vuestras funciones y religiosidad, desempeñéis ahí vuestras funciones y las más, de suerte que nada falte, ni en cuanto a la disciplina ni en cuanto a la diligencia».

72 Cipriano, *Epíst.* V: «En cuanto a la distribución del dinero, bien sea a los retenidos en la cárcel después de haber confesado...bien a los que siendo pobres e indulgentes...ruego que nada echen en falta, pues la pequeña suma que ahí se allegó fue distribuída entre los clérigos con el objeto de que fueran muchos los que tuvieran con que subvenir las necesidades». VII: «si hubiera entre ellos quienes sufran necesidad, socorredlos de mi propio dinero que dejé en poder de Rogaciano, como aquella cantidad pudiera estar y gastada toda, por el acólito Náríco le mando otra suma para que con toda largueza y prontitud se socorra a los necesitados».

73 A este tema de la caridad y las buenas obras dedica Cipriano una de sus obras, *De opere et Eleemosynis*, en donde espone claramente la idea de la obligación cristiana de la caridad y las buenas obras.

74 Las viudas ocupaban un puesto muy definido en las comunidades cristianas, siendo quizá, el grupo femenino más importante. Se trata de una mujer que jura abstinencia sexual después de su primer matrimonio. Era normal, que estas mujeres entrasen en la familia de un obispo o sacerdote, con un rol y obligaciones bien determinadas, formando una especie de orden dentro de la comunidad, el primero constituido entre el Laicado. Sus obligaciones solían consistir en la hospitalidad y ayuda a los necesitados, educación de niños. Ver, R.L. Fox, *op. cit.*, pp. 350 y ss.; J. Dauvillier, *op. cit.*, p. 357.

responsabilidad del clero, asistirlos, espiritual y materialmente. De esta tareas deducimos que otra de sus funciones importantes de clero es la administración⁷⁵ de los bienes de la comunidad.

Los fondos con que contaba, que provenían de las limosnas, servían, además de los cuidados a las personas, para la manutención de la sede, el cuidado de las áreas cimiteriales y para los sueldos de los clérigos⁷⁶. Por todas estas tareas, al menos los presbíteros y lectores, dice Cipriano, perciben repartos mensuales⁷⁷. Este trabajo de administración es importante, porque gracias a su organización, otras de las tareas ya expuestas son posibles.

Además, la mala gestión, o el apropiamiento indebido de los fondos de la iglesia, constituyen un pecado, como sabemos para el caso de Felicísimo, el que antes de oponerse a las decisiones de Cipriano, ya era sospechoso de fraudes de este tipo, quedándose con parte del dinero dedicado a los auxilios de los necesitados⁷⁸.

A los miembros del clero se les exige una conducta recta, una moral inquebrantable para cumplir sus labores, y acatar la jerarquía. Por ello, como práctica de la teoría que deben predicar, es su misión dar ejemplo con sus acciones. Por ejemplo, deben ser discretos, honestos, disciplinados, sino no podrán cumplir sus cometidos⁷⁹.

Los Confesores también cumplen esa función de ejemplo, para el adoctrinamiento del pueblo, porque en sus acciones gloriosas, los fieles se ven reflejados, es decir, ven que alguien como ellos, pudo soportarlo y superarlo; de la misma forma, el obispo de una comunidad, ejerce un peso importantísimo con su conducta⁸⁰.

75 Cipriano, *Epíst.* VII: «acerca de las viudas, enfermos, pobres de toda especie, os pido que los atendáis, con toda diligencia. Y aún los forasteros, si hubiera entre ellos quienes sufran necesidad». VIII: «tanto las viudas como los necesitados que no tienen para vivir... todos deben tener quienes les socorran». XII: «que no falte tampoco a los pobres, como muchas veces os he escrito vuestro cuidado y diligencia». XLI: «habiéndoos dado yo el encargo a vosotros, vicarios míos, de que hicierais por remediar las necesidades de nuestros hermanos con esos socorros pecuniarios que sabéis, y de que patrocinaraís los deseos de aquellos, si algunos hay, que quisieran también ejercer sus oficios con un sobresueldo suficiente».

76 La gestión económica de las comunidades, constituye en su organización una auténtica «economía eclesiástica», paralela para S. Mazzarino, a la economía Imperial: *L'Impero Romano*, t. II, Biblioteca Universale Laterza, Roma-Bari 1986, p. 451. Sobre el tema de la gestión económica ver también, F.M. de Robertis, *Storia Sociale di Roma. Le classi inferiori*, Studia Historica 127, L'Erma di Bretschneider, Roma 1981, p. 156.

77 Cipriano, *Epíst.* XXXIX.5: «sepáis con todo que por ahora han sido hechos LECTORES... les hemos asignado el honor de los PRESBITEROS, a saber: que sean honrados con las sportulae lo mismo que aquellos y participen en los repartos mensuales en igual proporción». También habla de repartos mensuales en las *Epíst.* XXXIV.4; XLI.2.

78 Cipriano, *Epíst.* XLI: «Felicissimo... además de sus fraudes y sus rapiñas, de las cuales hace tiempo teníamos amplias noticias... él se puso por medio impidiendo que ninguno fuese socorrido en sus necesidades».

79 Cipriano, *Epíst.* XIII: «Aún suponiendo que su conducta esté limpia de toda deshonestidad, grande crimen es el hecho mismo de dar escandalosos ejemplos, de que pueden originarse la ruina de los otros»; LXV: «como si quién no enseñó a los hermanos a mantenerse firmes en la batalla pudiera enseñar a aquellos que están vencidos, y postrados en tierra a no rogar».

80 Cipriano, *Epíst.* XXXIX: «De tales siervos se regocija el Señor... para esto quiso Cristo que permanecieran por más tiempo en la Iglesia, para esto los conservó incólumes, arrebatados de las garras mismas de la muerte. Para que al no ver los hermanos a nadie más sublime en la gloria, a ninguno más sumiso en la humildad, siga sus huellas la comunidad de aquellos y los haga compañía». LX: «haber crecido la honra de la confesión del caudillo con la unanimidad de los hermanos, de suerte que al precederles tú para la gloria hiciste muchos compañeros de tu gloria e impulsaste al pueblo a confesar su fe estando dispuesto a confesarla tu el primero en nombre de todos». LXXVI: «todo esto, vosotros lo habéis inculcado a nuestros hermanos, cumpliendo con hechos lo que de palabra antes enseñásteis».

Con todo esto podemos suponer, que la Iglesia de mediados del s. III d.C., es una institución sólidamente organizada y sobre todo jerarquizada, donde todos, tanto laicos como clérigos tienen una función determinada, de la que depende el funcionamiento del conjunto. Este sentimiento de importancia individual debía ser el perfecto acicate para todos. El éxito dependía, sobre todo, de que cada uno cumpliera sus obligaciones; es decir, todos desempeñaban el rol que le correspondía, acataban la disciplina impuesta, y así serían invencibles. Éste es uno de los motivos a mi entender de que Cipriano desglose siempre las conductas individuales, para afirmar el conjunto: alaba las conductas de sacerdotes, hombres corrientes, mujeres, vírgenes y viudas, niños, ancianos, cuando éstos viven conforme a las conductas propias de cada uno, todos vencen⁸¹.

Y es precisamente esto, lo que falla en estos años. La afirmación de la unidad y disciplina, su explicación en Cipriano, surge a consecuencia de los efectos de la persecución, del fallo de los cristianos. Es el mismo obispo el que nos informa sobre sus efectos, sobre la gran extensión de la persecución⁸², sobre el fallo de las comunidades cristianas, cuyos individuos no cumplen las conductas que se le requieren: el clero no cumple su función, sus enseñanzas no son eficaces, no dan ejemplo, los obispos no son guías para sus fieles, las mujeres y los hombres se dejan corromper, las consecuencias de esto, son la ruptura de la disciplina, la desunión, el triunfo de la persecución.

El mayor problema disciplinario va a surgir inmediatamente, como un conflicto de poderes, porque gran cantidad de apóstatas, inmediatamente después de su caída, van a querer incorporarse a la Iglesia. Su vuelta, aún durante la persecución de Decio, hará surgir varias posturas dentro de la Iglesia que llevan a Cipriano a posicionarse sobre la correcta disciplina, los poderes de los obispos y la unidad, como concepto universal, o relativo a las iglesias locales, teniendo como epicentro la cuestión penitencial.

Para Cipriano la verdadera Iglesia es una, unida e indivisa, la fundada por Cristo, que sigue los Evangelios y la tradición apostólica, que es lo que le da legitimidad, porque además es su arma más efectiva⁸³, pero no creía sin embargo, que esta unidad estuviese basada en un mayor poder de un obispo determinado, lógicamente estamos hablando del Romano, sino que todos tenían un poder igual e iguales competencias, y sus decisiones tendrían la misma autoridad, y

81 Es normal, que explique el valor de cada grupo, por ejemplo, es destacable el de la mujer, debido a su debilidad corporal. Sus actitudes cristianas, son las de recato, humildad, discreción en el vestir, vida apartada; lo vemos en *De habitu virginum*, *De Lapsis*, VI, claramente heredero de Tertuliano de nuevo, *De cultu Feminarum*; de igual forma que describir cuáles deben ser sus conductas morales, las alaba: *Epíst.* VI: «dichosas también las mujeres, que con vosotros participan de la misma gloriosa confesión...y con fortaleza superior a su sexo no sólo están próximas a la corona, sino que han dado a los restantes ejemplo de su firmeza...el favor divino también ha asociado niños a vuestra gloriosa confesión». LXXVI: «ni siquiera faltan vírgenes...también en los niños un valor desproporcionado a su edad...de manera que todo sexo y edad ha glorificado a esos dichoso grupo de mártires que formáis». Sobre el rol de la mujer, ver K. Aspegren, *The male woman*, Upsala 1990.

82 Cipriano, *Epíst.* XI: «ha devastado la mayor parte de nuestro rebaño y ha llegado como consecuencia de los pecados de los cristianos». XXXI: «caídas de muchos, poco menos que por todo el orbe».

83 Cipriano, *Epíst.* LX: «teuiendo una misma Iglesia, un alma unida y una concordia indivisa...». LXIV: «ni abandonen la Iglesia, que es la única y sola por el Señor fundada». *De Catholica Ecclesiae Unitate*, IV: «edificó la Iglesia sobre uno solo y aunque después de la resurrección les dé a todos los apóstoles igual potestad». V: «nosotros los obispos que presidimos la Iglesia debemos mantener firmemente y reivindicar esa unidad...uno solo es el episcopado, del que cada obispo participa, como una parte del todo».

son votadas en sínodo⁸⁴. Si la sede romana gozaba de mayor autoridad era en el sentido de *traditio apostolica*, por que Pedro la había ocupado, pero en realidad me inclino más a pensar que Cipriano concebía esa unidad como coordinación, sin superioridades o inferioridades. Se trataba de una unidad en el plano ideal, del conjunto de todos los cristianos: ese es su sentido de universalidad de toda raza, sexo, nación, pero no como una institución jerarquizada según la importancia de sus sedes.

Cada iglesia tiene su jerarquía, con el poder colegiado de todos los obispos. Esto es lo que Cipriano pensaba. Por ejemplo, en su extensa correspondencia a los obispos romanos, Cipriano nunca muestra subordinación ante ellos, sino que los trata de igual a igual⁸⁵, porque manteniendo siempre la unidad, cada obispo, legítimamente ordenado⁸⁶, dispone de sus propios actos, que ninguno de sus colegas puede juzgar⁸⁷.

Parece una contradicción: unidad, sínodos que pretenden unificar criterios, pero obispos soberanos en sus decisiones. Hay que tener presente que aún no está totalmente establecida una organización eclesiástica, precisamente, a mi entender, porque los obispos no ven diferencia entre sus poderes, ni se resignan a ser inferiores en rango, aunque entienden, que todos los fieles siguen los preceptos del mismo Evangelio. Pero en cuanto decisiones disciplinarias, es difícil sobreponer autoridades, porque todavía no esta constituida esa disciplina, y será mediante estas disparidades de opiniones, que la mayoría impondrá las suyas, y la ortodoxia se irá imponiendo.

Cipriano, no entendía que el obispo romano tuviera un poder superior por ocupar la vacante de Pedro. De hecho, su acuerdo con él, se basa más bien en afinidades personales. Por ejemplo, Cornelio, es un cúmulo de virtudes⁸⁸, mientras que Esteban, se equivoca frecuentemente, y hasta el mismo Cipriano se permite el lujo de afirmar a otros obispos, que le han consultado debido a su prestigio personal, que «se ha equivocado», «que lo han engañado», y de exigirle, cortésmen-

84 Cipriano nos informa al menos de dos: al acabar la persecución de Decio, con el tema central de los caídos (*Epíst. LV*) y antes de las teóricas medidas de Galo, con igual tema (*Epíst. LVII*). Pero estas son reuniones del clero africano, de la provincia de Cipriano, que informa de sus decisiones a Roma, que contesta que igualmente ellos han llegado a iguales conclusiones (*Epíst. LXVIII*; recuerda al Papa Esteban de las decisiones tomadas en el sínodo del 251, iguales a las romanas). Los obispos africanos reconocen la ordenación de Cornelio, es a la que apoyan contra Novaciano que se hizo antipapa. Este apoyo significa mantener la unanimidad de la Iglesia, *Epíst. XLVIII*: «cuando nosotros dos fuimos allá, una vez conocida nuestra resolución, también ellos se conformaron con lo de los demás, para que no hubiera discrepancia en nada entre las iglesias de aquí... escribieran cartas cada uno de los obispos de aquí, para que todos nuestros colegas te reconocieran a ti, y mantuvieran la comunicación contigo».

85 Cipriano, *Epíst. IX*: «cuando empezaba a correr entre nosotros el rumor vago sobre la muerte del excelente varón. COLEGA MIO EN EL EPISCOPADO»; *XLIV*: «había enviado yo delegados a ti y a NUESTROS COLEGAS OBISPOS». *LV*: «que estabas en absoluto de acuerdo con Cornelio, NUESTRO COLEGA EN EL OBISPADO».

86 Una vez que un obispo ha sido elegido legítimamente, en presencia de los obispos de la zona y del pueblo, no puede invalidarse, a no ser por excomunión, lo que quiere decir, que los demás obispos no «comunican» con él, es decir, no mantienen correspondencia ni informan de sus decisiones. Sobre los ritos de correcta ordenación *Epíst. XLIV*; *LV*; *LXVII*.

87 Cipriano, *Epíst. LV*: «permaneciendo el vínculo de la concordia e indivisa la unidad de la iglesia cada obispo dispone y ejecuta sus actos, habiendo al Señor razón de su conducta...no habiendo sino una sola iglesia por todo el mundo repartida en muchos miembros y no habiendo asimismo más que un solo episcopado, difuso en la concorde multiplicidad de muchos obispos». *LVII*: «si algún colega piensa que no se debe conceder la paz, él dará cuenta en el día del juicio al Señor».

88 La *Epíst. LV*, es un retrato moral de Cornelio.

te, que cambie su actitud⁸⁹. Más tarde, cerca ya de su muerte, sus posiciones son abiertamente contrarias, aunque nos hemos quedado sin saber, si fruto de esas discusiones nacería una «herejía», y cual de las dos partes la formaría.

En la cuestión penitencial, van a surgir tres posturas diferentes dentro de la Iglesia, que culminan con la aceptación de la corriente mayoritaria, que encabeza Cipriano.

Para Novaciano y sus seguidores, el apóstata no debe tener opción a penitencia, se quedará fuera de la Iglesia sin esperanza ni paz. Su crimen, cualquiera que fuese su grado, no tiene perdón. Sus posturas rigoristas le llevarán a nombrarse él mismo obispo romano, contra el legítimamente ordenado, primera de sus faltas: no obedecer la disciplina y la jerarquía⁹⁰. Este acto le supuso la excomunión, es decir, la no comunicación con él de los demás obispos, que no estaban de acuerdo con sus fórmulas.

La razón de su rigorismo era que dar el perdón a los que habían sacrificado, era rebajar el honor de los mártires que habían muerto, lo que iría en detrimento de la Iglesia, porque haría que el martirio desapareciera. Además de manifestar tales cosas, su mayor falta para Cipriano era la disciplinaria: no sólo manifestó sus ideas, sino que quiso establecer su propia Iglesia, enviando obispos afectos a las ciudades que ya disponían del legítimamente ordenado⁹¹.

Para Cipriano la herejía era un mal mayor que la persecución que estaban sufriendo, incluso más, en ello consistía la verdadera persecución, que las escisiones internas⁹². Éstos no son cristianos, porque actúan contra la ley del Evangelio. Lo que enseñan las herejías son filosofías mundanas, y a los cristianos no les debe interesar nada que está fuera de la Iglesia⁹³. Aunque hable en su nombre, Novaciano es enemigo de ella.

89 Cipriano *Epíst.* LXVII y LXVIII. Obispos hispanos y galos, buscan la opinión de Cipriano, lo que demuestra su gran prestigio en Occidente, contra lo ya sentenciado por Esteban: «engañó a nuestros colegas Esteban ...hasta conseguir con halagos y malas artes ser repuesto». «Hermano carísimo la tarea de resolver esto, nos incumbe a nosotros, y en nuestras manos está el gobierno de la Iglesia...por lo cual «es preciso que escribas» una muy explícita carta a nuestros colegas de la Galia». Es importante señalar aquí, que precisamente las primeras noticias de persecución y de cristianismo en Hispania se las debemos a Cipriano, que nos informa de unas comunidades perfectamente constituidas y jerarquizadas, con los mismos problemas fruto de la persecución que la misma Cartago. Sobre los orígenes del cristianismo en la península, ver J.M. Blázquez, «Posible origen Africano del cristianismo Español», *A.E.Arq.* 40 (1967); Díaz y Díaz, «En torno a los orígenes del cristianismo Hispánico», *Raíces de España*, Madrid 1967, que señala que las iglesias que entran en contacto, suelen tener entre ellas vínculos especiales. En el caso de las peticiones hispanas a Cipriano, el vínculo debía ser el papel que las africanas tuvieron en la expansión del cristianismo en la península: es muy posible que procedan precisamente de África.

90 Cipriano, *Epíst.* LXIV: «ha sido hecho obispo Novaciano». El mismo Dionisio de Alejandría le escribirá para que deponga su actitud, Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, VI. 45.

91 En la *Epíst.* LV, Cipriano hace una larga exposición del contenido de la herejía novaciana, a Antonino, colega de obispado, condenándola, tanto en sus posturas rigoristas, como apoyando la ordenación de Cornelio en la sede romana, que disputaba Novaciano.

92 Cipriano, *De Catholica Ecclesia Unitate*, III: «¿qué cosa más astuta y sutil pudo escoger el enemigo que este nuevo fraude para engañar a los incautos, que cubrir su maldad con el mismo nombre de cristiano? Por esto inventó las herejías, los cismas, con los cuales destruir la fe, corromper la verdad, dividir la unidad». *De Lapsi*, XXXIV: «su nociva y envenenada persuasión mata peor que la misma persecución».

93 Cipriano, *Epíst.* LV: «Cosa distinta es la doctrina de los filósofos y estoicos, los cuales dicen que todos los pecados son iguales y que el varón grave no debe doblegarse fácilmente. Más entre los cristianos y los filósofos media gran distancia. Y puesto que el apóstol dice: «mirad que ninguno os arrebate por medio de la filosofía y vanas falacias», hay que evitar lo que no procede de la divina clemencia, sino que proviene de una filosofía rígida en exceso... por más que se jacte y aunque vaya pregonando su filosofía o elocuencia con orgullosas palabras». LX: «...siendo más bien rígido, con la perversidad de la filosofía mundana...». Por otro lado, *Epíst.* LV: «no debemos ser curiosos sobre que es lo que enseña fuera de la Iglesia. Quienquiera que sea, y de cualquier modo que sea, no es cristiano, el que dentro de la Iglesia no está».

La segunda postura en el tema de los *lapsi*, la van a encabezar muchos miembros del clero y confesores, que opinan que las directrices de los jerarcas son demasiado duras. Estos optan por un perdón, al contrario que Novaciano, generalizado, porque el exigir una penitencia larga y dura, alejaría a la población de la Iglesia y del martirio, porque no daría opción a poder realizarlo, en una segunda oportunidad a todos. Es más, incluso llegan a pensar que, sin obtener el perdón, el martirio borraría tal falta, cosa en ningún modo aceptable para Cipriano⁹⁴.

Era muy grave la situación creada, ya que tanto herejes como confesores que daban libelos, creaban un clima de engaño, según creía Cipriano, para los fieles, que podían pensar que su muerte era un martirio, y según vimos anteriormente, será sólo un justo castigo a sus pecados. En el caso de los confesores libeláticos, doblemente grave, porque su perdón fácil, hacía que muchos cristianos, que en la opción de la mayoría encabezada por Cipriano, tardarían mucho en conseguir el perdón, eran integrados inmediatamente a sus comunidades participando en todos los ritos, y lógicamente, esto era muy atractivo para todos los que habían realizado el sacrificio, pero estaban arrepentidos⁹⁵.

Éste es el poder que muchos fieles les daban y que los confesores creían tener, y suponía un prestigio superior al del obispo, ya que ellos estaban más cerca de los mártires, y éstos de Dios⁹⁶. Esta situación y creencia es contra la que Cipriano lucha.

Para Cipriano, esto significa una verdadera rebelión, ya que supone romper todo vínculo con la fe; una verdadera persecución, porque otorgan una paz falsa, que anularán las autoridades competentes para ello⁹⁷; ignorancia, error⁹⁸ y sobre todo, faltas disciplinarias que son un ultraje al poder legítimamente constituido porque están tomando decisiones que sólo los obispos, que controlan el gobierno de la Iglesia, tiene el poder de tomar. Se permiten anular sus decisiones, dando una eucaristía para la que no tienen potestad, «profanando» el cuerpo de Cristo⁹⁹.

94 Cipriano, *Epíst.* LVII: «y que ninguno diga el que sufre el martirio es bautizado con su propia sangre, y no es preciso la paz que viene del obispo a aquel que ha de obtener la paz de la gloria y que ha de recibir una recompensa mayor de la dignación del Señor».

95 Cipriano, *Epíst.* XXVII: «en algunas ciudades la multitud se ha lanzado impetuosamente contra los prelados y les ha forzado a que le reconocieran inmediatamente la paz que a gritos decían y repetían haberles sido ya antes otorgada por los mártires y confesores».

96 El caso más contundente es el de Luciano, que comunica la decisión tomada por él y otros confesores, de otorgar el perdón a todos los caídos que lo solicitasen, *Epíst.* XXII: «a todos nosotros a quien el Señor se ha dignado llamar en esta tribulación, de común acuerdo hemos despachado cartas de paz a todos los *Lapsi*, sin excepción».

97 Cipriano, *Epíst.* XVI: «comunican con los caídos, ofrecen por ellos, y les entregan la eucaristía...deberían ser amonestados». XXVII: «me decía en nombre de todos que cada uno de ellos había concedido la paz y deseaba que este proceder llegase por mi conducto a conocimiento de los otros obispos...los primeros chispazos de esta rebelión ya han comenzado».

98 Cipriano, *Epíst.* XXVII: «nuestro hermano Luciano, uno de los confesores...no lo bastante instruido en la palabra del Señor, se ha permitido por ignorancia algunos abusos». XXX: «no comunicar con el presbítero Cayo de Dida y su diácono, quienes sorprendidos frecuentemente en sus perversos errores, esto es, comunicando con los caídos y ofreciendo las oblationes de estos».

99 Cipriano, *Epíst.* XV: «contra la ley del Evangelio...antes de haber sido hecha penitencia del más grave y extremado de los delitos, se atreven a ofrecer por ellos y a darles la Eucaristía, esto es, profanar el Santo Cuerpo...que aprendan por lo menos de vosotros cuanto habrían debido enseñar. Que reserven para el obispo vuestras demandas y aspiraciones». XVI: «algunos presbíteros no teniendo en cuenta...ni el futuro juicio del Señor ni al obispo que ahora les gobierna, vindican para sí todo poder, cosa que jamás aconteció en tiempo de los antecesores, con ultraje y afrenta para su prelado».

Por contra, los que no siguen estos postulados, los que no se arrojan un poder reservado y siguen la disciplina sumisa, son lógicamente alabados, y esto significa otro grado más en su gloria junto a su confesión. Les felicita por la otra «corona»¹⁰⁰. Para Cipriano, los confesores libeláticos, pierden todas sus prerrogativas, y también quedan fuera de la Iglesia, «su» iglesia¹⁰¹.

Cipriano expone una justa medida entre ambas posturas. Se debe dar la posibilidad de perdón, pero por un único camino: una penitencia acorde con el grado de la falta cometida, lo que no supone que la posición de los mártires ni el valor de los fieles cara al martirio se devalúe, pero tampoco que vuelva el que no ha mostrado verdaderamente su arrepentimiento. Además, así está en la tradición y los Evangelios¹⁰². Es decir, existe una segunda oportunidad. Pero la única manera de volver a la Iglesia, es el perdón de esa Iglesia, es decir, el otorgado por sus sacerdotes¹⁰³. El verdadero sólo lo otorga Dios, por medio de sus ministros, ya que la intercesión de los santos, en este caso los confesores, está subordinada a la autoridad de Dios¹⁰⁴.

La penitencia tiene que existir por varias razones y la primera es que sólo hay mártires dentro de la Iglesia, así, si alguno muere en una falsa esperanza, será castigado. Hay que ofrecer la «reconquista» de la salvación, para poder probar de nuevo el valor¹⁰⁵. Y la segunda, como vamos a ver, es que no todos los pecados son iguales.

El problema del retorno fue temprano, de tal manera que a Cipriano aún huido, le llegaban cartas de muchos diáconos y presbíteros, incluso de algunos obispos, confusos con esta situación. Cipriano retrasa la decisión final, en cuanto a la variación de penitencia, hasta que se llegue a la paz, y ésta pueda ser suficientemente meditada, en reunión de los obispos. Pero en

100 Cipriano, *Epíst.* XXVIII: «Ha ahí otro grado sublime de vuestra gloria; he aquí junto a la confesión otro doblado título, rechazar con la robustez de la fe a los que ponen sus impías manos en trastornar los preceptos del Señor.... otro tanto os felicito por la corona, que también lo es, de la disciplina del Señor.»

101 Cipriano, *Epíst.* LV: «el que no ha mantenido la caridad fraterna ni la unidad de la Iglesia pierde hasta lo que antes había sido.»

102 Cipriano, *Epíst.* LV: «hay que admitir los gemidos de los que lloran, y no se puede negar el fruto de la penitencia a los que se duelen de su pecado... y no creas hermano carísimo que en lo sucesivo disminuya el valor de los hermanos o que se acaben los mártirios porque a los caídos les haya sido suavizada la pena o porque a los penitentes se le haya ofrecido la esperanza de paz... no exhortaría el Señor a penitencia sino prometiera perdón a los penitentes». LVII: «debe haber diferencia entre aquellos que apostataron... y viven como gentiles, o bien pasados como tránsfugas a los herejes toman a diario sus armas contra la iglesia, y aquellos otros que sin apartarse del nombre de la iglesia... dicen ahora que están preparados para permanecer en pie y luchar por el nombre del Señor... los malos no deben ser obstáculo de los buenos ni hay que negar la paz a los que tienen intención de sufrir».

103 Ya en el *Pastor de Hermas*, *Mand.* IV.1.8, existe la idea de una segunda penitencia a través solamente de la iglesia. Esto es afirmar que la institución es necesaria para la salvación, ya que es la única que puede otorgar ese perdón. De igual forma, en Tertuliano, *De Paenitentia*, VII.10, vemos como la penitencia era vigilada y otorgada por las jerarquías eclesíásticas: era competencia del clero exclusivamente, con la salvedad, sin embargo, del martirio, que de por sí daba el acceso inmediato a Dios, en una idea diferente a la de Cipriano, como explicamos en la nota 61. Sobre el pecado y la penitencia ver C. Vogel, «Le Peche et la Penitence. Aperçu sur l'évolution Historique de la discipline penitentiale dans l'Eglise Latine», *Rev. Arch. Crist* 1-4 (1960) 315-325.

104 Cipriano, *De Lapsi*, XV: «por la temeridad de algunos se facilita a los incautos la rehabilitación y una paz infundada y falsa: peligrosa para los que la conceden y de ningún provecho para los que la reciben». XVI: «purificar su conciencia por el ministerio y mano del sacerdote». XVII: «sólo él puede otorgar el perdón de los pecados que contra él se cometieron». XIX: «lo que se pide no depende de la disposición del que pide, cuanto de la voluntad del que da; y nadie puede arrogarse el derecho de sentencia con poder humano, si no cuenta también con la justicia divina».

105 Cipriano, *Epíst.* LV: «para que sigan el camino de la penitencia... por cuanto se ofrecía la ocasión de volver a la lucha y reconquistar la salvación». LVII: «les debe ser concedida la paz, para que no por nuestra ignorancia sea pretérito aquél que ha de ser coronado en la pelea».

principio, lo correcto es que el clero apunte a todos los que deseen tener la posibilidad del perdón, hasta que más tarde se determine cual debe ser la penitencia, para cada caso particular, revisándolo uno por uno¹⁰⁶.

Cuando la persecución remitió, efectivamente se hizo tal reunión, paralelamente en África y en Roma, llegando a las mismas conclusiones¹⁰⁷. Estas medidas se alargarán poco después en otro sínodo, debido a una próxima persecución, a todos los que hubiesen demostrado su fortaleza, para dar la oportunidad, con el perdón eclesiástico ya en la mano, de una confesión efectiva¹⁰⁸.

Esta decisión la comunicó Cipriano a Roma, en ese momento sin obispo, a lo que respondieron que estaban de acuerdo con él, así como que consideraban también conveniente, que si alguien ya había comenzado su penitencia, y estaba en peligro de morir, se le debía conceder la paz¹⁰⁹.

En cuanto a la gradación de los delitos contra la disciplina y leyes cristianas, lo importante se centraba en no sacrificar, pero para ello, había medios lícitos y otros no permitidos que constituirían ofensa.

Huir no era considerado apostasía, porque efectivamente, los que huían, en primer lugar no mostraban apego a nada material, y en segundo lugar, no participaban en el sacrificio. El mismo Cipriano huyó. Es hacer una profesión, íntima, privada de la fe¹¹⁰. La posibilidad de ponerse a salvo de la persecución, indica, además, que tenían que existir zonas, donde la aplicación del edicto de Decio, en este caso, no fuese tan efectiva.

Todo lo demás, era pecar. Cualquier contacto, aunque fuese mental, significaba incurrir en una ofensa. Así, incluso los que lo pensaron simplemente, deben hacer penitencia, y confesarse. Aunque es una falta muy leve, significa un grado de contaminación de la mente¹¹¹.

106 Cipriano, *Epíst.* XV: «...vosotros me hayáis dirigido cartas en las cuales solicitáis sean examinadas sus aspiraciones y se conceda la paz a ciertos caídos una vez que terminada la persecución podamos reunirnos en asamblea con el clero... que vosotros sopeséis solícita y cateulosamente los deseos de cada demandante...». XXX: «a la vista de cada caso en particular ha de ser tratada de modo más cabal». LV: «con respecto al tema de los caídos... lo diferí para cuando hubiese sido concedida la paz...vistas las causas de cada libelático en particular, fuesen admitidos provisionales, y que a los sacrificados se les diesen auxilios espirituales a la hora de la muerte...nadie puede ser compelido por nosotros a la penitencia si se le priva del fruto de la penitencia».

107 Cipriano, *Epíst.* LV: «escribí sobre este asunto a Cornelio, el cual personalmente, después de haber celebrado con numerosos colegas obispos un concilio vino a coincidir con nosotros».

108 Cipriano, *Epíst.* LVII: «forzados por la necesidad hemos resuelto que aquellos que no se han apartado de la iglesia y no han cesado de hacer penitencia...se les debe dar la paz y es preciso armarles y disponerlos en orden a la batalla».

109 Cipriano, *Epíst.* LV.: en su carta me decían...que a los caídos enfermos se les concediera la paz en las proirerías de la vida».

110 Cipriano, *De lapsi*, X: «quien sale y se retira, no se hace cómplice del delito...por eso el Señor mandó ocultarse y huir en persecución...la corona del martirio no se alcanza sino por don de Dios, y no se recibe sino cuando llegue la hora. Cualquiera que en ese tiempo permaneciendo fiel a Cristo se retira, no reniega de la fe, sino que espera su tiempo». *Epíst.* LVIII: «no se turbe por el horror de aquella fuga, ni al apartarse y esconderse el mismo se espante de la soledad de un lugar desierto. No está solo quien lleva en su huida por compañero a Cristo... basta para testimonio de su martirio tener por testigo a Aquel».

111 Cipriano, *De Lapsi*, XXVIII: «por sólo haber tenido pensamiento de ello, confiesan esto mismo a los sacerdotes de Dios, y purifican por la pública penitencia su conciencia, se quitan ese peso de su alma y aunque se trate de heridas leves y no profundas buscan para ellas saludable medicina».

Mayor falta es la de los libeláticos, los que compran, mediante sobornos a las autoridades, los certificados acreditativos de haber sacrificado. Estos también son *Lapsi*. Es un modo de renegar, aunque sea menos grave, y no signifique la contaminación física y su apostasía no haya sido pública. Como el que lo piensa, también contamina su mente, aunque al querer ocultar su falta ha sido más deshonesto que el anterior, ya que por la compra del documento, certifica haber realizado un acto, es decir, cumplir con el Edicto. El perdón, es posible, y más fácil que en otros casos, pero no está inmune¹¹², como creían estarlo, los que pensaban que sin sacrificar, de cualquier modo, no se renegaba, es decir, que lo único importante era no contaminarse, no ser impuro en el cuerpo, sin pensar en la conciencia. Además, al necesitar sólo un libelo por familia, salvaba a sus otros miembros, lo que también era atenuante¹¹³.

Entramos ahora en la categoría de los que sí han participado en el sacrificio ordenado por el Edicto. También aquí, sin embargo, se pueden distinguir categorías.

En primer lugar están los que no pudieron soportar el dolor de las torturas, y aunque en principio confesaron, al final realizaron el sacrificio. Estos tienen un perdón rápido, ya que fue su cuerpo el que no resistió. No se pueden comparar sin embargo, con los que han sacrificado por propia voluntad¹¹⁴.

Más grave es la ofensa de los que, por su posición económica y social, realizaron el sacrificio para no perder sus bienes. No se comportaron como deben comportarse los cristianos. Ya había dicho Cipriano, que las riquezas eran más cepos y cadenas que los verdaderos¹¹⁵. De igual forma que antes, si preservaron con su acto a la familia, su pena será menor, pero no si impuso la orden a algún siervo o esclavo¹¹⁶. Para éstos, parte de la penitencia impuesta será rechazar esa riqueza culpable de sus pecados, y hacer limosnas¹¹⁷.

Por último, y con la ofensa más grave están los que han sacrificado voluntariamente. Para

112 Cipriano, *De lapsi*, XXVII: «ni se forjen tampoco ilusiones sobre no hacer penitencia los que si no se contaminaron con los nefandos sacrificios mancharon su conciencia con los certificados de sacrificio. También eso fue abiertamente negación: testimonio era el libelo de un cristiano que renegaba de lo que había sido. El que recibe el certificado afirma haber hecho lo que otro de hecho cometió...se sometió al Edicto». *Epíst.* LV: «no deben ser igualados aquel que voluntariamente y de inmediato se lanzó al nefando sacrificio que aquel otro que haciendo resistencia...llegó coaccionado».

113 Cipriano, *Epíst.* LV: «no deben ser igualados...aquel que se presentó con todos los suyos, y aquel otro que acercándose a la prueba decisiva en nombre de todos, preservó a la mujer a los hijos y a toda la casa...; «... aquel que recibió el libelo dice...que no me era lícito sacrificar...pero que daría una cantidad para no hacer lo que me estaba vedado...se le avisa ahora de que ha delinquido».

114 Cipriano, *De lapsi*, XII: «el que no tuvo fuerzas para superar el dolor puede suplicar...mi alma se mantuvo firme...no fue mi ánimo sino mi cuerpo, el que desfalleció ante el dolor... causa así puede aprovechar para un pronto perdón». *Epíst.* VIII: «detenidos, cedieron a un temor humano...les hemos exhortado y seguimos exhortando a que hagan penitencia». LXVI: «su grave caída que tuvo origen no tanto en la voluntad como en la necesidad y coacción...no debe faltar indulgencia del Señor a quienes nos consta que estuvieron firmes en la batalla, que confesaron su nombre...al final fueron doblegados por la debilidad de la carne».

115 Cipriano, *De lapsi*, XI: «a muchos engañó el amor ciego a la hacienda y no podían estar preparados». XII: «esclavos son de sus rentas».

116 Cipriano, *Epíst.* LV: «o el que impuso el crimen a sus domésticos...y aquel que dejó estar a los domésticos».

117 Cipriano, *De Lapsi*, XXXV: «que nadie conserve ni ame un patrimonio por el que fue llevado a engaño y ruina espiritual...hágase ininterrumpidamente y generosamente beneficencia, gástese toda la fortuna en remediar la herida».

éstos, lógicamente, el perdón ha de costar más, la penitencia ha de ser más dura. Significa hipotecar la salvación¹¹⁸.

Nos queda ver cómo se aplicaban estas penitencias, en que consistían. Se trataba sobre todo, de estar un tiempo, según la ofensa, apartado de la comunidad en lo que se refiere a sus ritos¹¹⁹. De la mano de algún miembro del clero, que como hemos dicho, evaluarían y supervisarían ésta, el perdón se conseguía sobre todo con oración y una apariencia de gran tristeza: dolor, gemidos, postración sobre cenizas, cilicios, limosnas, apariencia física de luto, sobre todo en las mujeres¹²⁰. Esto significaba el perdón, y además la posibilidad de una nueva vía hacia la vida verdadera, el martirio¹²¹.

Esta penitencia debe ser verdadera, sentida, y si aún después de todas estas pruebas, aunque parezca difícil que quien no estuviera convencido las superase, no ha sido sincera, todavía queda un último juicio, que naturalmente es el de Dios¹²².

En cuanto a la aplicación práctica, sabemos que fue considerado oportuno conceder el perdón, después de una cuidada y vigilada penitencia de tres años, a unos cristianos, cuya falta había sido la de sacrificar, bajo tortura¹²³. En cuanto a los clérigos, el perdón no era total. Se permitía su reintegración a la comunidad, pero se rebajaba su condición a la de simple fiel, como en el caso de Fortunaciano o Trófimo¹²⁴. E incluso, en los casos de obispos que no cumplen debidamente con lo que todos acordaron en el Sínodo, y dan el perdón sin una penitencia debidamente justificada, reciben una amonestación, como en el caso de Terapio¹²⁵, aunque, su decisión se acate, debido a su poder personal, como antes explicábamos que tenían los obispos.

Sin embargo, esto debía ser lo teórico, y realmente no cumplido, entre otras cosas, por falta de tiempo. Ante la siguiente persecución, muy poco después según Cipriano, y los Edictos Valerianos, precisamente lo que hacía falta era la tradicional unión de y entre las comunidades, la similitud de actitudes ante las órdenes imperiales, y aunque surgieron disputas sobre temas rituales de sus jerarcas, en el tema penitencial, un perdón muy rígido, era, y esto lo sabía

118 Cipriano, *De Lapsi*, VIII: «no esperaban al menos a ser detenidos para subir a sacrificar, ni a ser interrogados para negar su fe. Muchos fueron vencidos antes de la batalla ... espontáneamente se precipitaron a la muerte». XIV: «que pidan con más ahinco la penitencia».

119 C. Vogel, «La Discipline Penitentielle dans les inscriptions paleochretiennes», *Rev. Arch. Crist.* 1-4 (1966) 315-325, habla de un verdadero «*ordo paenitentiarum*», un grupo especial dentro de la Iglesia, como el de las viudas, por ejemplo, con una serie de obligaciones morales, ascéticas así como una serie de prohibiciones, como vemos aquí.

120 Cipriano, *De Lapsi*, XXXV: «Es necesario orar y rogar insistentemente; pasar el día en dolor y la noche en vigilias ... postrarse echado en cenizas, vestirse con cilicio y ropas pobres ... preferir el ayuno... dedicarse a obras buenas... abundar an limosnas».

121 Cipriano, *De Lapsi*, XXXVI: «quien satisficiera así al Señor, quien hiciera así penitencia por su delito, quien sufriese más por su traición a la virtud y a la fe que por la vergüenza de haber faltado...merecerá no sólo el perdón de Dios sino también quizás la misma corona del martirio».

122 Cipriano, *Epíst.* LV: «más si alguno nos engañase con una ficción de penitencia, Dios, de quién nadie se burla, juzgue de aquello que nosotros no hemos visto».

123 Cipriano, *Epíst.* LVI: «no habían cesado de hacer penitencia durante este trienio después de su grave caída».

124 Cipriano, *Epíst.* LXV: «se atreve a arrogarse ahora funciones de un sacerdocio que traicionó». LV: «Trófimo, aún después de haberse pasado abiertamente a Novaciano, e inducir con él a toda su comunidad, consiguió el perdón, pero se le permitió la entrada rebajando su rango, como laico».

125 Cipriano, *Epíst.* LXVI: «sin embargo, y como excepción se acata la decisión del obispo hacia Victor, y es reintegrado a la comunidad».

Cipriano, una invitación a la herejía, es decir, otra vez la posibilidad de la ruptura de la disciplina, y la ineficacia de las promesas, que para un mundo futuro, garantizaba el cristianismo.

* * *

Como conclusión, recordar de nuevo, ahora sobre la evidencia de su estudio, que a mediados del s. III, las disputas teológicas no eran importantes, sino la disciplina, porque de su mantenimiento dependía en gran parte la existencia de la Iglesia. Cualquier manifestación ideológica, venía siempre mediatizada por los difíciles momentos que las comunidades estaban atravesando, habida cuenta de que la autoridad imperial, ya sabía de la importancia de este grupo, y de que sus medidas hacia él, eran decisivas, porque los cristianos estaban en un momento también decisivo en la configuración de su doctrina.

Todo el engranaje sobre el que se monta la institución, tanto en el plano administrativo y funcional, como en el verdaderamente teológico, se va constituyendo a caballo de los acontecimientos, en esta época decisivos, que atraviesan el Imperio y la Iglesia.

Las diferencias de opinión entre las autoridades cristianas surgen de las formas variadas en que cada uno ve los problemas y las soluciones a tales acontecimientos, opiniones entre las que, la más seguida, resulta la verdadera y única.

En lo que sí son unánimes todos los cristianos es en que la unidad, la solidez de las conductas de los fieles, les llevarán hacia el triunfo, tanto espiritual, con el martirio, como material, como sucederá poco después, con el reconocimiento final del cristianismo a principios del s. IV d.C.